

menos terribles el ánimo de aquellos que procedían como si la presencia suya no importase nada. Llegó una guerra con los sabinos, y el pueblo se recluyó en su abstención, diciendo que no debía contarse con él para los combates, ya que no se contaba con él para los derechos. Á vista de tamaña resolución, el patriciado se dividió en dos bandos. Tratábase la manera ó modo que debían seguirse para imponer justicia y razón á la plebe. Un bando se componía de conciliadores; otro bando se componía de irreconciliables. El bando compuesto de conciliadores deseaba tratos y el bando compuesto de irreconciliables deseaba guerra con los plebeyos. Coriolano perteneció al segundo, y con decir que perteneció al segundo, implícitamente decimos toda la debilidad y toda la flaqueza de su espíritu político. Prevalecieron en aquel conflicto los procedimientos de prudencia sobre los procedimientos de temeridad, y Coriolano no quedó vencido en la demanda por no haber desahogado su intensa cólera y su aborrecimiento á la plebe. Así riñó, no solamente con los de abajo, á quienes trataba como una especie inferior trata las especies contrarias suyas, con los de arriba, dados á la conciliación y á la concordia. En esto sobrevino la plaga de un hambre general. El abandono de las tierras por las discordias civiles y el conflicto continuo con los pueblos cercanos en-

gendró el hambre, una de las calamidades mayores que trae consigo aparejada la guerra. En tal estado agravaban las hambres de abajo el odio y saña contra los privilegios y los privilegiados de arriba. No solamente la naturaleza implacable y la discordia cruel habían probado al pueblo; lo probaban más en el sufrimiento indecible las implacables pasiones de tan cruel é infame nobleza. Para mayor tristeza los nobles idearon una prescripción so color de auxiliar á Velitres y renovarla con sangre romana, y además emprendieron un combate á muerte con los sabinos á fin de disciplinar á la plebe por medio de los rigores militares en la imposibilidad completa de disciplinarla y someterla bajo su yugo en los rigores políticos. Una política de verdadera cordura, política opuesta del todo á las colonizaciones y á las guerras, estalló en los senos del pueblo protestando contra los rigores y las soberbias del noble. Pero á la cabeza del partido que los extremaba púsose Coriolano, resuelto á tomar las pasiones de aquella plebe como había tomado el espacio de la resistente Corioles. Por insaculación entraron los nombres de todos los proletarios en siniestro saco y por suerte salieron los destinados á colonizar el territorio extraño. Inútil decir cuántas fuerzas habría que usar para sumisiones tan difíciles y contra resistencias tan enormes. Los señalados in-

dividualmente por las bolas negras no tuvieron más remedio que ir á la colonia; pero el pueblo, en su conjunto, se negó con decisión á la guerra. Entonces Coriolano hizo una de las suyas en correspondencia con el ardor de su complexión y el empeño de sus propósitos; cogió á los clientes, obligados todos ellos con su persona, especie de vasallos suyos, y como un organismo separado de otro organismo se partió á la guerra inmediata y se abrió paso con su espada entre las extrañas gentes, secundado por su familia propia, por su turba de clientes personales, como si la estirpe suya fuera toda la ciudad, su carácter de padre y esposo un estado, sus adictos un pueblo. Así recorrió comarcas tan ricas como las pertenecientes á los volscos y trajo botines y despojos de tanta riqueza y copia como los aportados á Roma de sus mayores empresas, y de sus más largas correrías, y de sus empeños más tenaces, en los cuales no estaban sus fuerzas tan sólo sino las fuerzas múltiples de la plebe y de la nobleza romanas. Cual todos los muy apasionados, cual todos los muy creyentes, cual todos aquellos á quienes anima la fe ó la pasión, el desinterés más puro entraba en los planes de tal hombre. Tenía grandes ambiciones, pero no tenía ninguna codicia. Más avaro de gloria, más avaro de poder todavía, no le aquejaba debilidad ninguna en materia de logro y lucro, severo, auste-

rísimo, íntegro, menospreciador de todos los placeres, henchido de una extrema soberbia, conjunto de calidades cuya virtud le aislaba y encastillaba en su persona, preservándole del contacto y del contubernio con la sensualidad y sus corruptores vicios.

La gloria militar alcanzada en tantos encuentros no podía satisfacerle; necesitaba también la gloria política. Su autoridad de general exigía como un complemento la superior autoridad de cónsul. Mandar soldados no le satisfacía en su interior; necesitaba dirigir ciudadanos. En aquel pueblo de tanta fuerza y de tanta inteligencia, las magistraturas completaban todas las dignidades adquiridas en cualquier otro empeño. Y la superior magistratura, la que personificaba y dirigía el Estado, era la magistratura sucesora de la monarquía, el cónsulado. Las instituciones romanas en lo antiguo se asemejan á las instituciones helvéticas é inglesas en lo moderno, por su número y su complicación. Parecía que á un patricio tan ilustre como Coriolano le bastaba en el esfuerzo por lograr sus ambiciones el origen y el carácter aristocrático, proponiendo como proponía el Senado los cónsules. Pues no, el comicio noble, ó sea el comicio por curias, guardaba la iniciativa de proposición; pero el comicio plebeyo, ó sea el comicio por tribus y centurias, guardaba el derecho de nombramiento. Pre-

sentaba el patriciado porque solamente los patricios eran elegibles; pero nombraba la plebe porque al fin y al cabo en la plebe se hallaba contenida la soberanía. Usos particularísimos reinaban á la sazón. El candidato había de requerir al pueblo por medios innumerables. Solían los más descender al Foro en demanda y requerimiento de votos, cual pudiera un mendigo requerir y demandar limosna. Nada de toga noble, nada tampoco de preseas y distintivos; un simple traje de lo más vulgar y ordinario bastaba por completo á su carácter de pretendiente. Y aunque tal traje se ofreciese remangado y con agujeros, no importaba cosa, porque las desnudeces y los claros á una servían para mostrar las cicatrices. Todo cinturón estaba prohibido á los candidatos, no fuera que colgaran alguna bolsa y en la bolsa metieran corruptor dinero con el vil propósito de cohechar al pueblo. Ninguno entre los más ilustres romanos podía invocar el desinterés exhibido por tan extraordinario general candidato, ni mucho menos, en verdad, sus innumerables cicatrices. Los combates en edad temprana contra los tiranos, los muros á sus pies rendidos, las guerras iniciadas por su voluntad propia y sin otro ejército que sus propios clientes, los diecisiete años de porfías heroicas que contaba cuando su vida entera no había llegado á sumar aún tres enteros lustros, dábanle

derecho á creerse con méritos suficientes para optar al consulado, librando el mayor de todos los títulos en su incomparable historia. Pero, empeñado en llevar la confianza del propio derecho allende lo que permitían tradiciones arraigadísimas, contra las cuales toda soberbia se rompe y estrella, desdeñó Coriolano prometer, hablar, entenderse con las gentes inferiores que habían de nombrarlo, seguir aquellas prácticas tan caras á los de abajo como á los de arriba; eran caros sus auspicios, sus augurios, sus liturgias, sus antiguos privilegios, sus fórmulas de jurisprudencia, todo el conjunto y suma de sus dogmas y de sus cultos.

Los partidos entonces arrojábanse al rostro con frecuencia la nota de reacción. Siempre que un plebeyo quería perder á los nobles achacábales maniebras en pro de la restauración tarquina, y siempre que los nobles querían refrenar ó someter á los plebeyos argüíanles con la reconvención amarga de que sus excesos y sus violencias acabarían por traer los viejos tiranos. Desacordes en tantas ideas, reñidos en tantos intereses, nobles y plebeyos sumábanse tan sólo en la común negativa del poder antiguo, á todos por igual repulsivo y opuesto. Por tanto, la menor prudencia, el menor sentido aconsejaban un sistemático y tenaz apartamiento en los nobles de todo lo que á reacción monárquica oliese.

En circunstancias como las que atravesaba entonces Roma, cuando las ideas fulminaban rayos y más rayos, cuando las pasiones hervían á una formando pavorosísimas trombas, la grande afirmación republicana, conservadora de suyo, importaba más á los nobles interesados en la estática que á los plebeyos interesados en la dinámica social. Un patrio como Coriolano debía comprender la fuerza del hábito sobre los sentimientos y la fuerza del sentimiento sobre las ideas. Aquel hombre, por una mujer superior educado, y no obstante su natural arrebatadísimo, con algunas delicadezas femeniles depositadas por la educación maternal en su pecho, tenía la obligación de comprender cuánto respeto, y aun culto, merecen de los superiores las costumbres de los que se les someten por tantas inferioridades naturales, tratándose, sobre todo, de una plebe tan susceptible y quisquillosa como la plebe romana. Y Coriolano se presentó en el Foro donde los más altos pretendientes y los más austeros patricios tendían la mano al pueblo en guisa de mendigos, como pudiera presentarse un rey, no suplicante y humillado, imperioso y soberbio. Él, tan austero, parecía un monarca oriental, según su lujo y aparato. Aquellos clientes, acostumbrados á seguirle por los campos en busca de arriesgados encuentros heroicos, formaban ahora la pompa vil

que acompaña por Oriente á los sátrapas y á los déspotas. No parecía Coriolano el aspirante á magistraturas y dignidades supremas, parecía el vencedor entrando en su carro de guerra, teñido con enemiga sangre, que pasa bajo los arcos de triunfo y requiere los honores varios debidos á los ovantes y triunfantes. Todo el Senado les seguía por los espacios del Foro, cual pudiera seguir en otro tiempo, y bajo viejas maldecidas instituciones, á los reyes omnipotentes. La sublime Vía Sacra, que atraviesa por los pies del Palatino, en la sazón aquella no parecía un camino del pueblo, parecía un estadio del monarca. Los numerosos clientes heredados de los siglos anteriores por la soberbia familia Marcia, ó adquiridos por Coriolano mismo á merced natural de tantos despojos como allegara en la guerra, daban á su partido y á sus gentes, en general, todos los aspectos amenazadores de un victorioso ejército. Pero lo que principalmente caracterizaba las pretensiones de Coriolano y las distinguía de todas las hasta entonces mostradas era el empeño magno en la nobleza de considerar aquel hombre cual símbolo, representante, personificación, carne, y sangre, y alma, y vida, y sér, en suma, de tantos privilegios, contra los cuales habíase mil veces, como una onda furiosa, estrellado la pasión popular, batida como los mares de los vientos, batida de dos ideas supe-

riores, á cuya virtud aun hoy rendimos culto y por las que de todos ellos nos sentimos solidarios, primero la idea del derecho, segundo la extensión del derecho á cada ciudadano y á su gloriosa totalidad.

Presentándose Coriolano como candidato del noble, no tenía que aguardar cosa ninguna del plebeyo. Propusieronle sus gentes soberbias y le rechazaron las humildes gentes. Un jefe de bando aristocrático, general de victorioso ejército, debía naturalmente provocar las iras plebeyas. Unánime lo propuso el Senado y en votación reñida lo rechazó el pueblo. Esta elección, que debiera, en otros tiempos y en otras circunstancias, unir al patriciado y á la plebe, los desunió entonces, interponiendo entre todos ellos insalvables abismos. Coriolano, que para los unos tenía el título de su origen y para los otros tenía el título de sus triunfos, debió unirlos á todos en aspiraciones iguales, de habérselo permitido así lo soberbio de su complexión y lo desapoderado de sus apasionamientos. La plebe se gozó en humillar con su negativa y con su veto soberano á quien se creía más poderoso que un rey. La nobleza, muy habituada en sus ideas, tradiciones y costumbres al triunfo sobre aquellas pobres gentes, que, rechazando sus principios, admitían y veneraban sus personas como verdaderas divinidades, no se conformó con esta rota, en la cual vió desvanecerse, mucho

más que lo había estado en otros tiempos, aquel su prestigioso y secular ascendiente. No hablemos de Coriolano. Su cólera no tuvo límites ni freno. La herida mortal abierta en su pecho le llegó hasta lo más profundo é íntimo del alma. Su madre, solamente su madre, tan poderosa de suyo sobre aquel valiente ánimo, consiguiera dulcificarlo de haberle procurado algún lenitivo á estos desengaños crueles de su herida soberbia. Para esto son las madres racionales, para dirigir, para mover, para empujar las almas hacia el bien. Una loba puede transmitir á sus lobeznos con la sangre que difunde por sus venas y la leche que deposita en sus labios todos los instintos de la batalladora especie á que hijo y madre pertenecen, pues, descendiendo en las escalas del sér y de la vida, conforme bajamos, identificanse casi los individuos todos en uno solo. Pero en la especie superior humana, en la especie nuestra, dotada por el cielo de conciencia libre y de libre albedrío, la razón existe para eso, para torcer con sus ideas y con sus enseñanzas, no solamente las fatalidades orgánicas, sino también aquellas provenientes, ya de la complexión moral de nuestras pasiones, ya de las facultades poseídas y ejercitadas por nuestra inteligencia. El predominio de la razón y de la conciencia sobre los malos instintos y las perversas propensiones de nuestro natural íntimo: he ahí todo

cuanto constituye ¡ay! el secreto de una verdadera educación.

En este pueblo, político y guerrero, el ambiente natural de guerra y la razón de Estado ahogaban los más naturales afectos y sobreponían artificiosa naturaleza increíble á la ingenua y propia de cada sér, á lo que conocemos con el nombre de fondo común humano é íntima sustancialidad. Había podido verse aún Bruto sentado en su tribunal disponiendo la muerte de su propio hijo y presenciándola por culto á su patria; no debe, pues, maravillarnos el ver á una matrona que sustituye su naturaleza íntima y humana con otra naturaleza completamente apropiada en sí á las ideas y á las pasiones de una especie social como aquella que llamamos stirpe ó clase. Para una patricia del tiempo viejo los privilegios aristocráticos hundían sus raíces en el sepulcro de los mayores y enlazaban los ramajes con el Olimpo de los dioses. En la clase aristocrática de que formaban parte, residía todo cuanto llenaba su existencia, el timbre y blasón de su pasado, los muertos, el privilegio reservable á lo porvenir, la descendencia. Y estos ascendientes y estos descendientes vagaban por las piedras del término señalado á las propiedades, por las aras del altar erigido á los dioses, entre los lares y los penates, difundiendo supersticiones de tal en-

tividad y fuerza, que perdurablemente se animaban en ellas generaciones de generaciones inextinguibles. Veturia hizo de Coriolano un general, de Coriolano un estadista, porque Coriolano naciera un patricio y tomara con este nacimiento caracteres superiores al carácter de los demás hombres, y especialmente de los nacidos á obedecerle y servirle, de los misérrimos plebeyos. Y teniendo esta idea de su clase imaginaos cómo le contrariarían los tiempos desdichados aquellos, en que la plebe pugnaba con empeño á favor de un derecho escrito; ponía frente á frente de los comicios por curias los comicios por tribus, y frente á frente de los cónsules sus tribunos; volcaba el Senado sobre las piedras del Foro; se reclina en el Monte Sacro, como en su elevadísimo trono, para desde allí extender su autoridad sobre todo el territorio y fulminar á todos los privilegios su guerra; pedía la igualdad insolente á quienes se juzgaban de otra carne y otra sangre; deletreaba las fórmulas de jurisprudencia, privativas hasta entonces del patriciado, y conmovía los auspicios divinos y desconcertaba los sublimes augurios con sus discordes y desatinados clamores de revolución universal. Estas ventajas de la plebe amargaron mucho el corazón de la nobleza, y esta triste amargura trajo á los labios de Veturia ideas que, transmitidas luégo á Coriolano, hicieron de su per-

sona como un sér abstracto consagrado á otra grande abstracción, del todo incompatible, con la realidad vivientes de los hechos y con la sustancia íntima del organismo social, la conservación entera de sus antiguos y tradicionales privilegios, tal como habían quedado al caer la monarquía y al apoderarse del Estado todo entero la nobleza militar, por los patricios representada, en contraposición á la nobleza sacerdotal, representada por los reyes. La mujer aquella, encerrada en su hogar incommovible y sagrado, especie de Vesta oriental, que guardaba un fuero inextinguible, unos penates inmóviles, unos muertos más inmóviles todavía que los penates, liturgia tradicional, costumbres hereditarias, como no veía en torno suyo alteraciones de ningún género, lo juzgaba todo tan rígido é inerte como su familia, y creía poder llevar esta inercia también á la sociedad y al Estado. La mujer, no obstante la movilidad vaga de sus emociones y de sus afectos, pertenece á la estática, sirve á la estabilidad por el culto á las creencias, y á las costumbres, y á las tradiciones, y á las liturgias de su familia. Sumábase, pues, al orgullo nativo de Coriolano, á su complexión fuerte, á su sangre hirviente, á su fuerza muscular, en que creía tener parte de sus privilegios, á su origen aristocrático, á su estirpe social, á su partido patricio, á su hábito de

mandar en los campamentos y verse obedecido por soldados, á su imperio sobre clientes sumisos y esclavos inferiores á cosas inertes, toda esta educación reaccionaria impuesta por Veturia, quien, del hombre natural engendrado en sus entrañas, había hecho, con sus innumerables supersticiones, pura y simplemente un verdadero noble.

Coriolano es por todas estas razones en la historia un hombre de reacción. No se propuso parar á la plebe romana en el estado que tenía entonces, propúsose impelerla por completo hacia atrás. Quiso perturbar sus comicios, extinguir sus aspiraciones, arrancarle sus tribunos, convertirla en una clientela sin fin de un patriciado sin escrúpulo. La pérdida completa de cuantos derechos nuevos allegara, el desarme de cuantos medios políticos esgrimiera, el retroceso y retrogradación en sus caminos: he ahí la obra magna por este varón fuerte iniciada con tanto y tan colosal empeño. Quienes para estos fines de reacción universal brotan en las sociedades humanas ¡ah! suelen venir á ellas con medios de resistencia y empuje proporcionados á su ministerio y á sus finalidades. Sobre todo traen pasiones tan ciegas que no les permiten ver las injusticias á que sirven ni los crímenes que perpetran. La reacción ante todo, la reacción en todo, la reacción sobre todo: he aquí la consig-

na providencial de semejante república en consonancia y correspondencia con los instintos de su naturaleza reforzados por la educación recibida de su madre. Pero lo comprensible y natural en Veturia pareceme incomprensible y además irracional en su hijo. Una mujer puede imaginarse al Estado tan inmovible como su hogar propio; á las instituciones políticas y sociales tan frías é inertes como las piedras donde se levantan sus dioses, ó bajo las cuales duermen sus muertos; á la política una liturgia de dogmas tan inefables y de prácticas tan tenaces y continuas como su liturgia doméstica; pero un estadista, criado en los campos del combate y en los comicios del derecho, donde ha visto cuán incontrastable la plebe romana era de suyo y en los ejércitos y en las votaciones, no podía emprender é iniciar una reacción sin despojarse por completo del seso y desasirse de la educación social aprendida por medios tan múltiples como la respiración, y asimilación, y absorción por donde recogemos, como por amplios canales, y venas, y arterias, los átomos de nuestro cuerpo. ¿Pues qué, no había visto Coriolano la imposibilidad completa de las reacciones en Roma? Lo que intentaba él contra los tribunos habíanlo intentado los reyes contra los cónsules. El patriciado sacerdotal había en su rota corrido á recoger y alle-

gar contra el patriciado guerrero todas las fuerzas extrañas y ajenas de que pudiera disponer, especialmente las fuerzas etruscas. Porsena le había dado su ejército. Los sabinos á que Numa perteneciera, los etruscos á que perteneciera Tarquino se habían á una conjurado contra la clase, relativamente inferior á la suya, que los suplantó en la dirección general de los asuntos públicos y en el gobierno de aquella soberbia Roma. ¿Y qué habían ellos conseguido y alcanzado con todos sus esfuerzos? Pues provocar heroísmos como el de Bruto, como el de Escévola, como el de Codes, como el de tantos otros, los cuales prestaban á la república prestigios no alcanzados jamás por la monarquía, dorando su corona y esmaltándola en el fuego sagrado de los más extraordinarios sacrificios. Pues así como los hijos de Tarquino sumados con los hijos de Bruto no habían logrado cosa en favor de la nobleza teocrática ó sacerdotal, dispuesta y sustituida por los cónsules, el hijo de Veturia no podía lograr tampoco, y por su parte, cosa ninguna en favor de los patricios guerreros disminuidos por la fundación del tribunado y la victoria del pueblo.

Comprendiendo, pues, el partido popular, con esas infalibles adivinaciones de las colectividades, sobre todo de las muchedumbres, cuánto á sus intereses trascendía el retroceso concebido por Co-